

# Plantar cara. La ciencia y sus adversarios culturales

Steven Weinberg

Traducción de J. V. Mayoral. Paidós. Barcelona, 2003

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 23/10/2003

Plantar cara es lo que hace Tico Brahe, estatua en piedra que mira al firmamento en la isla de Hven, frente a las ruinas de lo que fue su rudimentario observatorio, y plantar cara a los adversarios culturales de la ciencia es lo que hace el Nobel de Física Steven Weinberg en esta recopilación de ensayos.

No hace tanto, parecía estar claro lo que se entendía por Ciencia; no estaban de moda nociones tales como “ciencias políticas”, “ciencias del espíritu”, “ciencia y cultura” y tantas otras que han venido a difuminar fronteras y significados a la vuelta del milenio. La Ciencia tiene hoy abiertos varios frentes de conflicto con otras vertientes culturales, el más notable de los cuales es sin duda el que la enfrenta a ciertas corrientes sociológicas y filosóficas actuales. Dicen: “el conocimiento científico no es más que un sistema comunal de creencias con una dudosa conexión con la realidad”, “una mera construcción cultural”; o “al enmarcar una visión del mundo, no hay obligación para nadie de tener en cuenta lo que la ciencia del siglo XX tiene que decir”. Poco menos que se acusa a los científicos de no producir otra cosa que simples mitos - más o menos consensuados por un artificioso proceso- y que esos mitos no tienen más vigencia que los creados en torno a un mismo dominio de la realidad mediante otras aproximaciones. Ante tanta frivolidad no cabe más que resaltar -como atributos diferenciales- la creciente capacidad predictiva de la ciencia del siglo XX y la eficacia con que ésta ha dado lugar a una floreciente tecnología. El consenso social no basta para que un avión vuele -aunque sí se requiera para que no se desatienda la torre de control del aeropuerto- y la violación de las reglas del juego científico por imperativo ideológico sólo conduce al desastre.

A esta confrontación dedica Weinberg varios ensayos: uno titulado “Pensamientos nocturnos de un físico cuántico”, dos sobre “el engaño de Sokal”, dos sobre Thomas Khun y el que cierra la obra, “La búsqueda de la paz en las guerras de la ciencia”. El autor se ensaña con lo que llama “la no revolución” de Khun y, sobre todo, con la superchería de los posmodernos y relativistas culturales franceses, satirizados y desenmascarados por Sokal, a los que acusa no sólo de usar “argumentos y ejemplos de la física y las matemáticas modernas que claramente no comprenden, sino también de disfrutar con la oscuridad verbal”. Respecto a esto último, Weinberg cita al francófilo inglés J. Weightman, quien propuso cambiar la famosa frase “Lo que no está claro no es francés” por la de “Lo que no está un poco oscuro no puede ser verdaderamente parisiense”, aludiendo al mal ejemplo dado por Barthes, Lacan, Foucault y Derrida.

Hay quien dice que la ciencia empaña la vida moderna y ensucia nuestra prístina visión de las estrellas. Nada más lejos de la realidad, el aumento de lo conocido no ha hecho más que ensanchar nuestra conciencia de lo que aún desconocemos, y el deseo de conocer, ese instinto primario del ser humano, está más lejos que nunca de ser satisfecho. Por otra parte, en el progreso del conocimiento nos va la vida. Entre otras muchas carencias esenciales para nuestra supervivencia, baste citar como ejemplo la de modelos cuantitativos fiables de las relaciones entre crecimiento de la población, clima y recursos no renovables. Nos faltan conocimientos y, por supuesto, tecnología. No podemos abandonar el esfuerzo científico a menos que pensemos como James Watt, Secretario del Interior con Ronald Reagan, quien descartaba toda preocupación por esos problemas bajo la excusa de que el Juicio Final está al caer.

Contra esta tradición, entre cuyos más tempranos adeptos está nada menos que Walt Whitman, con el poema titulado “Cuando escuché al sabio astrónomo”, se expresa con vehemencia Weinberg, de modo especial en el ensayo “Los límites del conocimiento científico”, afirmando que el sentido de la belleza y la maravilla no se han atrofiado debido al trabajo de la ciencia y que el cielo nocturno es tan bello como siempre, tanto para los astrónomos como para los poetas. Por otra parte, insiste en que el número de preguntas importantes para las que no tenemos respuesta todavía es tan abultado que difícilmente puede sostenerse que la Ciencia está lista para su autopsia. No se restringe Weinberg a los temas mencionados. Así, por ejemplo, da también un repaso a las utopías al uso -la del libre mercado; la de los mejores y más brillantes; la religiosa; la verde; la tecnológica; la capitalista civilizada e igualitaria- y se ocupa hasta del supremo hacedor, en los ensayos titulados “¿El universo de un diseñador?” y “¿El universo de un diseñador?: respuesta a las críticas”. Este doble tratamiento de un tema, con respuesta a los adversarios, se repite varias veces a lo largo del texto y delata el gusto de Weinberg por la polémica. Si ustedes tienen la misma inclinación, no duden en leer este libro.

[Según quienes dicen constatar el fin de la ciencia, ya sabemos todo lo que hay que saber, incluso más de lo necesario, y la investigación científica es, de todos modos, un lujo que no podemos permitirnos: lo que ya sabemos sobre la evolución y el ADN, el modelo estándar en relación con la materia, o la relatividad y la mecánica cuántica en relación con el mundo físico, equivale a tener la Verdad atada y bien atada con una supercuerda.]